

LA CANTANTE CALVA

Eugène Ionesco



PERSONAJES

SEÑOR SMITH

SEÑORA SMITH

SEÑOR MARTIN

SEÑORA MARTIN

MARY, LA SIRVIENTA

EL CAPITÁN DE LOS BOMBEROS.

ESCENA I

Interior burgués inglés, con sillones ingleses. Velada inglesa. El señor SMITH, inglés, en su sillón y con sus zapatillas inglesas, fuma su pipa inglesa y lee un diario inglés, junto a una chimenea inglesa. Tiene anteojos ingleses y un bigotito gris inglés. A su lado, en otro sillón inglés, la señora SMITH, inglesa, remienda unos calcetines ingleses. Un largo momento de silencio inglés. El reloj de chimenea inglés hace oír diecisiete toques ingleses.

SRA. SMITH:

– ¡Vaya, son las nueve! Hemos comido sopa, pescado, patatas con tocino, y ensalada inglesa. Los niños han bebido agua inglesa. Hemos comido bien esta noche. Eso es porque vivimos en los suburbios de Londres y nos apellidamos Smith.

SR. SMITH: *(continuando su lectura, chasquea la lengua).*

SRA. SMITH:

– Las patatas están muy bien con tocino, y el aceite de la ensalada no estaba rancio. El aceite del almacenero de la esquina es de mucho mejor calidad que el aceite del almacenero de enfrente, y también mejor que el aceite del almacenero del final de la cuesta. Pero con ello no quiero decir que el aceite de aquéllos sea malo.

SR. SMITH: *(continuando su lectura, chasquea la lengua).*

SRA. SMITH:

– Sin embargo, el aceite del almacenero de la esquina sigue siendo el mejor.

SR. SMITH: *(continuando su lectura, chasquea la lengua).*

SRA. SMITH:

– Esta vez Mary ha cocido bien las patatas. La vez anterior no las había cocido bien. A mí no me gustan sino cuando están bien cocidas.

SR. SMITH: *(continuando su lectura, chasquea la lengua).*

SRA. SMITH:

– El pescado era fresco. Me he chupado los dedos. Lo he repetido dos veces. No, tres veces. Eso me hace ir al retrete. Tú también has comido tres raciones. Sin embargo, la tercera vez has tomado menos que las dos primeras, en tanto que yo he tomado mucho más. Esta noche he comido mejor que tú. ¿Cómo es eso? Ordinariamente eres tú quien come más. No es el apetito lo que te falta.

SR. SMITH: *(continuando su lectura, chasquea la lengua).*

SRA. SMITH:

– No obstante, la sopa estaba quizás un poco demasiado salada. Tenía más sal que tú. ¡Ja, ja! Tenía también demasiados puerros y no las cebollas suficientes. Lamento no haberle aconsejado a Mary que le añadiera un poco de anís estrellado. La próxima vez me ocuparé de ello.

SR. SMITH: *(continuando su lectura, chasquea la lengua).*

SRA. SMITH:

– Nuestro rapazuelo habría querido beber cerveza, le gustaría beberla a grandes tragos, pues se te parece. ¿Has visto cómo en la mesa tenía la vista fija en la botella? Pero yo vertí en su vaso agua de la garrafa. Tenía sed y la bebió. Elena se parece a mí: es buena mujer de su casa, económica, y toca el piano. Nunca pide de beber cerveza inglesa. Es como nuestra hijita, que sólo bebe leche y no come más que gachas. Se ve que sólo tiene dos años. Se llama Peggy. La tarta de membrillo y de fríjoles estaba formidable. Tal vez habría estado bien beber, en el postre, un vasito de vino de Borgoña australiano, pero no he llevado el vino a la mesa para no dar a los niños un mal ejemplo de gula. Hay que enseñarles a ser sobrios y mesurados en la vida.

SR. SMITH: *(continuando su lectura, chasquea la lengua).*

SRA. SMITH:

– La señora Parker conoce un almacenero rumano, llamado Popesco Rosenfeld, que acaba de llegar de Constantinopla. Es un gran especialista en yogurt. Posee diploma de la escuela de fabricantes de yogurt de Andrinópolis. Mañana iré a comprarle una gran olla de yogurt rumano folklórico. No hay con frecuencia cosas como ésa aquí, en los alrededores de Londres.

SR. SMITH: *(continuando su lectura, chasquea la lengua).*

SRA. SMITH:

– El yogurt es excelente para el estómago, los riñones, el apéndice y la apoteosis. Eso es lo que me dijo el doctor Mackenzie-King, que atiende a los niños de nuestros vecinos, los Johns. Es un buen médico. Se puede tener confianza en él. Nunca recomienda más medicamentos que los que ha experimentado él mismo. Antes de operar a Parker se hizo operar el hígado sin estar enfermo.

SR. SMITH:

– Pero, entonces, ¿cómo es posible que el doctor saliera bien de la operación y Parker muriera a consecuencia de ella?

SRA. SMITH:

– Porque la operación dio buen resultado en el caso del doctor y no en el de Parker.

SR. SMITH:

– Entonces Mackenzie no es un buen médico. La operación habría debido dar buen resultado en los dos o los dos habrían debido morir.

SRA. SMITH:

– ¿Por qué?

SR. SMITH:

– Un médico concienzudo debe morir con el enfermo si no pueden curarse juntos. El capitán de un barco perece con el barco, en el agua. No le sobrevive.

SRA. SMITH:

– No se puede comparar a un enfermo con un barco.

SR. SMITH:

– ¿Por qué no? El barco tiene también sus enfermedades; además tu doctor es tan sano como un barco; también por eso debía perecer al mismo tiempo que el enfermo, como el doctor y su

barco.

SRA. SMITH:

– ¡Ah! ¡No había pensado en eso!... Tal vez sea justo... Entonces, ¿cuál es tu conclusión?

SR. SMITH:

– Que todos los doctores no son más que charlatanes. Y también todos los enfermos. Sólo la marina es honrada en Inglaterra.

SRA. SMITH:

– Pero no los marinos.

SR. SMITH:

– Naturalmente.

Pausa.

SR. SMITH (*sigue leyendo el diario*):

– Hay algo que no comprendo. ¿Por qué en la sección del registro civil del diario dan siempre la edad de las personas muertas y nunca la de los recién nacidos? Es absurdo.

SRA. SMITH:

– ¡Nunca me lo había preguntado!

Otro momento de silencio. El reloj suena siete veces. Silencio. El reloj suena tres veces. Silencio. El reloj no suena ninguna vez.

SR. SMITH (*siempre absorto en su diario*):

– Mira, aquí dice que Bobby Watson ha muerto.

SRA. SMITH:

– ¡Oh, Dios mío! ¡Pobre! ¿Cuándo ha muerto?

SR. SMITH:

– ¿Por qué pones esa cara de asombro? Lo sabías muy bien. Murió hace dos años. Recuerda que asistimos a su entierro hace año y medio.

SRA. SMITH:

– Claro está que lo recuerdo. Lo recordé en seguida, pero no comprendo por qué te has mostrado tan sorprendido al ver eso en el diario.

SR. SMITH:

– Eso no estaba en el diario. Hace ya tres años que hablaron de su muerte. ¡Lo he recordado por asociación de ideas!

SRA. SMITH:

– ¡Qué lástima! Se conservaba tan bien.

SR. SMITH:

– Era el cadáver más lindo de Gran Bretaña. No representaba la edad que tenía. Pobre Bobby, llevaba cuatro años muerto y estaba todavía caliente. Era un verdadero cadáver viviente. ¡Y qué alegre era!

SRA. SMITH:

– La pobre Bobby.

SR. SMITH:

– Querrás decir "el" pobre Bobby.

SRA. SMITH:

– No, me refiero a su mujer. Se llama Bobby como él, Bobby Watson. Como tenían el mismo nombre no se les podía distinguir cuando se les veía juntos. Sólo después de la muerte de él se pudo saber con seguridad quién era el uno y quién la otra. Sin embargo, todavía al presente hay personas que la confunden con el muerto y le dan el pésame. ¿La conoces?

SR. SMITH:

– Sólo la he visto una vez, por casualidad, en el entierro de Bobby.

SRA. SMITH:

– Yo no la he visto nunca. ¿Es bella?

SR. SMITH:

– Tiene facciones regulares, pero no se puede decir que sea bella. Es demasiado grande y demasiado fuerte. Sus facciones no son regulares, pero se puede decir que es muy bella. Es un poco excesivamente pequeña y delgada y profesora de canto.

El reloj suena cinco veces. Pausa larga.

SRA. SMITH:

– ¿Y cuándo van a casarse los dos?

SR. SMITH:

– En la primavera próxima lo más tarde.

SRA. SMITH:

– Sin duda habrá que ir a su casamiento.

SR. SMITH:

– Habrá que hacerles un regalo de boda. Me pregunto cuál.

SRA. SMITH:

– ¿Por qué no hemos de regalarles una de las siete bandejas de plata que nos regalaron cuando nos casamos y nunca nos han servido para nada?... Es triste para ella haberse quedado viuda tan joven.

SR. SMITH:

– Por suerte no han tenido hijos.

SRA. SMITH:

– ¡Sólo les falta eso! ¡Hijos! ¡Pobre mujer, qué habría hecho con ellos!

SR. SMITH:

– Es todavía joven. Muy bien puede volver a casarse. El luto le sienta bien.

SRA. SMITH:

– ¿Pero quién cuidará de sus hijos? Sabes muy bien que tienen un muchacho y una muchacha. ¿Cómo se llaman?

SR. SMITH:

– Bobby y Bobby, como sus padres. El tío de Bobby Watson, el viejo Bobby Watson, es rico y quiere al muchacho. Muy bien podría encargarse de la educación de Bobby.

SRA. SMITH:

– Sería natural. Y la tía de Bobby Watson, la vieja Bobby Watson, podría muy bien, a su vez, encargarse de la educación de Bobby Watson, la hija de Bobby Watson. Así la mamá de Bobby Watson, Bobby, podría volver a casarse. ¿Tiene a alguien en vista?

SR. SMITH:

– Sí, a un primo de Bobby Watson.

SRA. SMITH:

– ¿Quién? ¿Bobby Watson?

SR. SMITH:

– ¿De qué Bobby Watson hablas?

SRA. SMITH:

– De Bobby Watson, el hijo del viejo Bobby Watson, el otro tío de Bobby Watson, el muerto.

SR. SMITH:

– No, no es ése, es otro. Es Bobby Watson, el hijo de la vieja Bobby Watson, la tía de Bobby Watson, el muerto.

SRA. SMITH:

– ¿Te refieres a Bobby Watson el viajante de comercio?

SR. SMITH:

– Todos los Bobby Watson son viajantes de comercio.

SRA. SMITH:

– ¡Qué oficio duro! Sin embargo, se hacen buenos negocios.

SR. SMITH:

– Sí, cuando no hay competencia.

SRA. SMITH:

– ¿Y cuándo no hay competencia?

SR. SMITH:

– Los martes, jueves y martes.

SRA. SMITH:

– ¿Tres días por semana? ¿Y qué hace Bobby Watson durante ese tiempo?

SR. SMITH:

– Descansa, duerme.

SRA. SMITH:

– ¿Pero por qué no trabaja durante esos tres días si no hay competencia?

SR. SMITH:

– No puedo saberlo todo. ¡No puedo responder a todas tus preguntas idiotas!

SRA. SMITH (*ofendida*):

– ¿Dices eso para humillarme?

SR. SMITH (*sonriente*):

– Sabes muy bien que no.

SRA. SMITH:

– ¡Todos los hombres son iguales! Os quedáis ahí durante todo el día, con el cigarrillo en la boca, o bien armáis un escándalo y ponéis morros cincuenta veces al día, si no os dedicáis a beber sin interrupción.

SR. SMITH:

– ¿Pero qué dirías si vieses a los hombres hacer como las mujeres, fumar durante todo el día, empolvase, ponerse *rouge* en los labios, beber whisky?

SRA. SMITH:

– Yo me río de todo eso. Pero si lo dices para molestar me, entonces... ¡sabes bien que no me gustan las bromas de esa clase!

Arroja muy lejos los calcetines y muestra los dientes. Se levanta.

SR. SMITH (*se levanta también y se acerca su esposa, tiernamente*):

– ¡Oh, mi pollita asada! ¿Por qué escupes fuego? Sabes muy bien que lo digo por reír. (*La toma por la cintura y la abraza.*) ¡Qué ridícula pareja de viejos enamorados formamos! Ven, vamos a apaciguarnos y acostarnos.

ESCENA II

Los mismos y MARY

MARY (*entrando*):

– Yo soy la criada. He pasado una tarde muy agradable. He estado en el cine con un hombre y he visto una película con mujeres. A la salida del cine hemos ido a beber aguardiente y leche y luego se ha leído el diario.

SRA. SMITH:

– Espero que haya pasado una tarde muy agradable, que haya ido al cine con un hombre y que haya bebido aguardiente y leche.

SR. SMITH:

– ¡Y el diario!

MARY:

– La señora y el señor Martin, sus invitados, están en la puerta. Me esperaban. No se atrevían a entrar solos. Debían comer con ustedes esta noche.

SRA. SMITH:

– ¡Ah, sí! Los esperábamos. Y teníamos hambre. Como no los veíamos llegar, comimos sin ellos. No habíamos comido nada durante todo el día. ¡Usted no debía haberse ausentado!

MARY:

– Fue usted quien me dio el permiso.

SR. SMITH:

– ¡No lo hizo intencionadamente!

MARY (*se echa a reír. Luego llora. Sonríe*):

– Me he comprado un orinal.

SRA. SMITH:

– Mi querida Mary, ¿quiere abrir la puerta y hacer que entren el señor y la señora Martin, por favor? Nosotros vamos a vestirnos rápidamente.

La señora y el señor SMITH salen por la derecha. MARY abre la puerta de la izquierda, por la que entran el señor y la señora MARTIN.

ESCENA III

MARY y los esposos MARTIN

MARY:

– ¿Por qué han venido ustedes tan tarde? No son corteses. Hay que venir a la hora.
¿Comprenden? De todos modos, siéntense ahí y esperen.

Sale.

ESCENA IV

Los mismos, menos MARY

La señora y el señor MARTIN se sientan el uno frente al otro, sin hablarse. Se sonríen con timidez.

SR. MARTIN (*el diálogo que sigue debe ser dicho con una voz lánguida, monótona, un poco cantante, nada matizada*):

– Discúlpeme, señora, pero me parece, si no me engaño, que la he encontrado ya en alguna parte.

SRA. MARTIN:

– A mí también me parece, señor, que lo he encontrado ya en alguna parte.

SR. MARTIN:

– ¿No la habré visto, señora, en Manchester, por casualidad?

SRA. MARTIN:

– Es muy posible. Yo soy originaria de la ciudad de Manchester. Pero no recuerdo muy bien, señor, no podría afirmar si lo he visto allí o no.

SR. MARTIN:

– ¡Dios mío, qué curioso! ¡Yo también soy originario de la ciudad de Manchester!

SRA. MARTIN:

– ¡Qué curioso!

SR. MARTIN:

– ¡Muy curioso!... Pero yo, señora, dejé la ciudad de Manchester hace cinco semanas, más o menos.

SRA. MARTIN:

– ¡Qué curioso! ¡Qué extraña coincidencia! Yo también, señor, dejé la ciudad de Manchester hace cinco semanas, más o menos.

SR. MARTIN:

– Tomé el tren de las ocho y media de la mañana, que llega a Londres a las cinco menos

cuarto, señora.

SRA. MARTIN:

– ¡Qué curioso! ¡Qué extraño! ¡Y qué coincidencia! ¡Yo tomé el mismo tren, señor, yo también!

SR. MARTIN:

¡Dios mío, qué curioso! ¿Entonces, tal vez, señora, la vi en el tren?

SRA. MARTIN:

– Es muy posible, no está excluido, es posible y, después de todo, ¿por qué no?... Pero yo no lo recuerdo, señor.

SR. MARTIN:

– Yo viajaba en segunda clase, señora. No hay segunda clase en Inglaterra, pero a pesar de ello yo viajo en segunda clase.

SRA. MARTIN:

– ¡Qué extraño, qué curioso, qué coincidencia! ¡Yo también, señor, viajaba en segunda clase!

SR. MARTIN:

– ¡Qué curioso! Quizás nos hayamos encontrado en la segunda clase, estimada señora.

SRA. MARTIN:

– Es muy posible y no queda completamente excluido Pero lo recuerdo muy bien, estimado señor.

SR. MARTIN:

– Yo iba en el coche número 8, sexto compartimiento, señora.

SRA. MARTIN:

– ¡Qué curioso! Yo iba también en el coche número 8, sexto compartimiento, estimado señor.

SR. MARTIN:

– ¡Qué curioso y qué coincidencia extraña! Quizá nos hayamos encontrado en el sexto compartimiento, estimada señora.

SRA. MARTIN:

– Es muy posible, después de todo. Pero no lo recuerdo, estimado señor.

SR. MARTIN:

– En verdad, estimada señora, yo tampoco lo recuerdo, pero es posible que nos hayamos visto allí, y si reflexiono sobre ello, me parece incluso muy posible.

SRA. MARTIN:

– ¡Oh, verdaderamente, verdaderamente, señor!

SR. MARTIN:

– ¡Qué curioso! Yo ocupaba el asiento número 3, junto a la ventana, estimada señora.

SRA. MARTIN:

– ¡Oh, Dios mío, qué curioso y extraño! Yo tenía el asiento número 6, junto a la ventana,

frente a usted, estimado señor.

SR. MARTIN:

– ¡Oh, Dios mío, qué curioso y qué coincidencia! ¡Estábamos, por lo tanto, frente a frente, estimada señora! ¡Es allí donde debimos vernos!

SRA. MARTIN:

– ¡Qué curioso! Es posible, pero no lo recuerdo, señor.

SR. MARTIN:

– Para decir la verdad, estimada señora, tampoco yo lo recuerdo. Sin embargo, es muy posible que nos hayamos visto en esa ocasión.

SRA. MARTIN:

– Es cierto, pero no estoy de modo alguno segura de ello, señor.

SR. MARTIN:

– ¿No era usted, estimada señora, la dama que me rogó que colocara su valija en la red y que luego me dio las gracias y me permitió fumar?

SRA. MARTIN:

– ¡Sí, era yo sin duda, señor! ¡Qué curioso, qué curioso, y qué coincidencia!

SR. MARTIN:

– ¡Qué curioso, qué extraño, y qué coincidencia! Pues bien, entonces, ¿tal vez nos hayamos conocido en ese momento, señora?

SRA. MARTIN:

– ¡Qué curioso y qué coincidencia! Es muy posible, estimado señor. Sin embargo, no creo recordarlo.

SR. MARTIN:

– Yo tampoco, señora.

Un momento de silencio. El reloj toca 2-1.

SR. MARTIN:

– Desde que llegué a Londres vivo en la calle Bromfield, estimada señora.

SRA. MARTIN:

– ¡Qué curioso, qué extraño! Yo también, desde mi llegada a Londres, vivo en la calle Bromfield, estimado señor.

SR. MARTIN:

– Es curioso, pero entonces, entonces tal vez nos hayamos encontrado en la calle Bromfield, estimada señora.

SRA. MARTIN:

– ¡Qué curioso, qué extraño! ¡Es muy posible, después de todo! Pero no lo recuerdo, estimado señor.

SR. MARTIN:

– Yo vivo en el número 19, estimada señora.

SRA. MARTIN:

– ¡Qué curioso! Yo también vivo en el número 19, estimado señor.

SR. MARTIN:

– Pero entonces, entonces, entonces, entonces quizá nos hayamos visto en esa casa, estimada señora.

SRA. MARTIN:

– Es muy posible, pero no lo recuerdo, estimado señor.

SR. MARTIN: Mi departamento está en el quinto piso, es el número 8, estimada señora.

SRA. MARTIN:

– ¡Qué curioso, Dios mío, y qué extraño! ¡Y qué coincidencia! ¡Yo también vivo en el quinto piso, en el departamento número 8, estimado señor!

SR. MARTIN (*pensativo*):

– ¡Qué curioso, qué curioso, qué curioso y qué coincidencia! Sepa usted que en mi dormitorio tengo una cama. Mi cama está cubierta con un edredón verde. Esa habitación, con esa cama y su edredón verde, se halla en el fondo del pasillo, entre los retretes y la biblioteca, estimada señora.

SRA. MARTIN:

– ¡Qué coincidencia, Dios mío, qué coincidencia! Mi dormitorio tiene también una cama con un edredón verde y se encuentra en el fondo del pasillo, entre los retretes y la biblioteca, mi estimado señor.

SR. MARTIN:

– ¡Es extraño, curioso, extraño! Entonces, señora, vivimos en la misma habitación y dormimos en la misma cama, estimada señora. ¡Quizá sea en ella donde nos hemos visto!

SRA. MARTIN:

– ¡Qué curioso y qué coincidencia! Es muy posible que nos hayamos encontrado allí y tal vez anoche. ¡Pero no lo recuerdo, estimado señor!

SR. MARTIN:

– Yo tengo una niña, mi hijita, que vive conmigo, estimada señora. Tiene dos años, es rubia, con un ojo blanco y un ojo rojo, es muy linda y se llama Alicia, mi estimada señora.

SRA. MARTIN:

– ¡Qué extraña coincidencia! Yo también tengo una hijita de dos años con un ojo blanco y un ojo rojo, es muy linda y se llama también Alicia, estimado señor.

SR. MARTIN (*con la misma voz lánguida y monótona*):

– ¡Qué curioso y qué coincidencia! ¡Y qué extraño! ¡Es quizá la misma, estimada señora!

SRA. MARTIN:

– ¡Qué curioso! Es muy posible, estimado señor.

Un momento de silencio bastante largo. . . El reloj suena veintinueve veces.

SR. MARTIN (*después de haber reflexionado largamente, se levanta con lentitud y, sin apresurarse, se dirige hacia la señora MARTIN, quien, sorprendida por el aire solemne del señor MARTIN, se levanta también, muy suavemente; el señor MARTIN habla con la misma voz rara, monótona, vagamente cantante*):

– Entonces, estimada señora, creo que ya no cabe duda, nos hemos visto ya y usted es mi propia esposa. . . ¡Isabel, te he vuelto a encontrar!

SRA. MARTIN (*se acerca al señor MARTIN sin apresurarse. Se abrazan sin expresión. El reloj suena una vez, muy fuertemente. El sonido del reloj debe ser tan fuerte que sobresalte a los espectadores. Los esposos MARTIN no lo oyen*).

SRA. MARTIN:

– ¡Donald, eres tú, *darling*!

Se sientan en el mismo sillón, se mantienen abrazados y se duermen. El reloj sigue sonando muchas veces. MARY, de puntillas y con un dedo en los labios, entra lentamente en escena, y se dirige al público.

ESCENA V

Los mismos y MARY

MARY:

– Isabel y Donald son ahora demasiado dichosos para que puedan oírme. Por lo tanto, puedo revelarles a ustedes un secreto. Isabel no es Isabel y Donald no es Donald. He aquí la prueba: la niña de que habla Donald no es la hija de Isabel, no se trata de la misma persona. La hijita de Donald tiene un ojo blanco y otro rojo, exactamente como la hijita de Isabel. Pero en tanto que la hija de Donald tiene el ojo blanco a la derecha y el ojo rojo a la izquierda, la hija de Isabel tiene el ojo rojo a la derecha y el blanco a la izquierda. En consecuencia, todo el sistema de argumentación de Donald se derrumba al tropezar con ese último obstáculo que aniquila toda su teoría. A pesar de las coincidencias extraordinarias que parecen ser pruebas definitivas, Donald e Isabel, al no ser padres de la misma criatura, no son Donald e Isabel. Es inútil que él crea que ella es Isabel, es inútil que ella crea que él es Donald: se equivocan amargamente. Pero ¿quién es el verdadero Donald? ¿Quién es la verdadera Isabel? ¿Quién tiene interés en que dure esa confusión? No lo sé. No tratemos de saberlo. Dejemos las cosas como están. *(Da algunos pasos hacia la puerta y luego vuelve y se dirige al público.)* Mi verdadero nombre es Sherlock Holmes. *Sale.*

ESCENA VI

Los mismos menos MARY

El reloj suena todo lo que quiere. Muchos instantes después la señora y el señor MARTIN se separan y vuelven a ocupar los asientos del comienzo.

SR. MARTIN:

– Olvidemos, *darling*, todo lo que no ha ocurrido entre nosotros, y ahora que nos hemos vuelto a encontrar tratemos de no perdernos más y vivamos como antes.

SRA. MARTIN:

– Sí, *darling*.

ESCENA VII

Los mismos y los SMITH

La señora y el señor SMITH entran por la derecha, sin cambio alguno en sus vestidos.

SRA. SMITH:

– ¡Buenas noches, queridos amigos! Discúlpennos por haberles hecho esperar tanto tiempo. Pensamos que debíamos hacerles los honores a que tienen derecho y, en cuanto supimos que querían hacernos el favor de venir a vernos sin anunciar su visita, nos apresuramos a ir a ponernos nuestros trajes de gala.

SR. SMITH (*furioso*):

– No hemos comido nada durante todo el día. Hace cuatro horas que los esperamos. ¿Por qué se han retrasado?

La señora y el señor SMITH se sientan frente a los visitantes. El reloj subraya las réplicas, con más o menos fuerza, según el caso.

Los MARTIN, sobre todo ella, parecen turbados y tímidos. Es porque la conversación se entabla difícilmente y a las palabras les cuesta salir al principio. Un largo silencio incómodo al comienzo y luego otros silencios y vacilaciones.

SR. SMITH:

– ¡Hum!

Silencio.

SRA. SMITH:

– ¡Hum, hum!

Silencio.

SRA. MARTIN:

– ¡Hum, hum, hum!

Silencio.

SR. MARTIN:

– ¡Hum, hum, hum, hum!

Silencio.

SRA. MARTIN:

– Oh, decididamente.

Silencio.

SR. MARTIN:

– Todos estamos resfriados.

Silencio.

SR. SMITH:

– Sin embargo, no hace frío.

Silencio.

SRA. SMITH:

– No hay corriente de aire.

Silencio.

SR. MARTIN:

– ¡Oh, no, por suerte!

Silencio.

SR. SMITH:

– ¡Ah, la la la la!

Silencio.

SR. MARTIN:

– ¿Está usted disgustado?

Silencio.

SRA. SMITH:

– No. Se enmierda.

Silencio.

SRA. MARTIN:

– Oh, señor, a su edad no debería hacerlo.

Silencio.

SR. SMITH:

– El corazón no tiene edad.

Silencio.

SR. MARTIN:

– Es cierto.

Silencio.

SRA. SMITH:

– Así dicen.

Silencio.

SRA. MARTIN:

– Dicen también lo contrario.

Silencio.

SR. SMITH:

– La verdad está entre los dos.

Silencio.

SR. MARTIN:

– Es justo.

Silencio.

SR. SMITH (*a los esposos MARTIN*):

– Ustedes que viajan mucho deberían tener, no obstante, cosas interesantes que relatarnos.

SR. MARTIN (*a su esposa*):

– Diles, querida, lo que has visto hoy.

SRA. MARTIN:

– No merece la pena, no me creerían.

SR. SMITH:

– ¡No vamos a poner en duda su buena fe!

SRA. SMITH:

– Nos ofenderían si pensarán eso.

SR. MARTIN (*a su esposa*):

– Les ofenderías, querida, si lo pensaras.

SRA. MARTIN (*graciosa*):

– Pues bien, hoy he presenciado algo extraordinario, algo increíble.

SR. MARTIN:

– Apresúrate a decirlo, querida.

SR. SMITH:

– Nos vamos a divertir.

SRA. SMITH:

– Por fin.

SRA. MARTIN:

– Pues bien, hoy, cuando iba al mercado para comprar legumbres, que son cada vez más caras. . .

SRA. SMITH:

– ¡Adonde va a ir a parar eso!

SR. SMITH:

– No debes interrumpir, querida, malvada.

SRA. MARTIN:

– Vi en la calle, junto a un café, a un señor, convenientemente vestido, de unos cincuenta años de edad, o ni siquiera eso, que. . .

SR. SMITH:

– ¿Quién? ¿Cuál?

SRA. SMITH:

– ¿Quién? ¿Cuál?

SR. SMITH (*a su esposa*):

– No hay que interrumpir, querida; eres fastidiosa.

SRA. SMITH:

– Querido, eres tú el primero que ha interrumpido, grosero.

SR. MARTIN:

– ¡Chitón! (*A su esposa.*) ¿Qué hacía ese señor?

SRA. MARTIN:

– Pues bien, van a decir ustedes que invento, pero había puesto una rodilla en tierra y estaba inclinado.

SR. MARTIN. SR. SMITH, SRA. SMITH:

– ¡Oh!

SRA. MARTIN:

– Sí, inclinado.

SR. SMITH:

– No es posible.

SRA. MARTIN:

– Sí, inclinado. Me acerqué a él para ver lo que hacía. . .

SR. SMITH:

– ¿Y?

SRA. MARTIN:

– Se anudaba las cintas de los zapatos que se le habían soltado.

Los OTROS TRES:

– ¡Fantástico!

SR. SMITH:

– Si no lo dijera usted, no lo creería.

SR. MARTIN:

– ¿Por qué no? Se ven cosas todavía más extraordinarias cuando se circula. Por ejemplo, hoy he visto yo mismo en el subterráneo, sentado en una banqueta, a un señor que leía tranquilamente el diario.

SRA. SMITH:

– ¡Qué extravagante!

SR. SMITH:

– ¡Era quizás el mismo!

Llaman en la puerta de entrada.

SR. SMITH:

– Llaman.

SRA. SMITH:

– Debe de ser alguien. Voy a ver. (*Va a ver. Abre y vuelve.*) Nadie. *Se sienta otra vez.*

SR. MARTIN:

– Voy a citarles otro ejemplo. . .

Suena la campanilla.

SR. SMITH:

– Llaman otra vez.

SRA. SMITH:

– Debe de ser alguien. Voy a ver. (*Va a ver. Abre y vuelve.*) Nadie. *Vuelve a su asiento.*

SR. MARTIN (*que ha olvidado dónde está*)

– ¡Oh!

SRA. MARTIN:

– Decías que ibas a citar otro ejemplo.

SR. MARTIN:

– Ah, sí...

Suena la campanilla.

SR. SMITH:

– Llaman.

SRA. SMITH:

– Yo no voy más a abrir.

SR. SMITH:

– Sí, pero debe de ser alguien.

SRA. SMITH:

– La primera vez no había nadie. La segunda vez, tampoco. ¿Por qué crees que habrá alguien ahora?

SR. MARTIN:

– ¡Porque han llamado!

SRA. MARTIN:

– Ésa no es una razón.

SR. MARTIN:

– ¿Cómo? Cuando se oye llamar a la puerta es porque hay alguien en la puerta que llama para que le abran la puerta.

SRA. MARTIN:

– No siempre. ¡Lo acaban de ver ustedes!

SR. MARTIN:

– La mayoría de las veces, sí.

SR. SMITH:

– Cuando yo voy a casa de alguien llamo para entrar. Creo que todo el mundo hace lo mismo y que cada vez que llaman es porque hay alguien.

SRA. SMITH:

– Eso es cierto en teoría, pero en la realidad las cosas suceden de otro modo. Lo has visto hace un momento.

SRA. MARTIN:

– Su esposa tiene razón.

SR. SMITH:

– ¡Oh, ustedes, las mujeres, se defienden siempre mutuamente!

SRA. SMITH:

– Bueno, voy a ver. No dirás que soy obstinada, pero verás que no hay nadie. (*Va a ver. Abre la puerta y la cierra de nuevo.*) Ya ves que no hay nadie. *Vuelve a su sitio.*

SRA. SMITH:

– ¡Ah, estos hombres quieren tener siempre razón y siempre se equivocan!

Se oye llamar otra vez.

SR. SMITH:

– Llaman de nuevo. Tiene que ser alguien.

SRA. SMITH (*con un ataque de ira*):

– No me mandes a abrir la puerta. Has visto que era inútil. La experiencia nos enseña que cuando se oye llamar a la puerta es que nunca está nadie en ella.

SRA. MARTIN:

– Nunca.

SR. MARTIN:

– Eso no es seguro.

SR. SMITH:

– Incluso es falso. La mayoría de las veces, cuando se oye llamar a la puerta es que hay alguien en ella.

SRA. SMITH:

– No quiere desistir.

SRA. MARTIN:

– También mi marido es muy testarudo.

SR. SMITH:

– Hay alguien.

SR. MARTIN:

– No es imposible.

SRA. SMITH (*a su marido*):

– No.

SR. SMITH:

– Sí.

SRA. SMITH:

– Te digo que no. En todo caso, ya no me molestarás inútilmente. ¡Si quieres ver quién es, vete tú mismo!

SR. SMITH:

– Voy.

La señora SMITH se encoge de hombros. La señora MARTIN meneaba la cabeza.

SR. SMITH (*va a abrir*):

– ¡Ah! ¿How do you do? (*Lanza una mirada a la señora SMITH y a los esposos MARTIN, quienes manifiestan su sorpresa.*) ¡Es el capitán de los bomberos!

ESCENA VIII

Los mismos y el CAPITÁN DE LOS BOMBEROS

EL BOMBERO (*lleva, por supuesto, un enorme casco brillante y uniforme*):

– Buenos días, señoras y señores. (*Los otros siguen un poco sorprendidos. La señora SMITH, molesta, vuelve la cabeza y no responde a su saludo.*) Buenos días, señora Smith. Parece usted enojada.

SRA. SMITH:

– ¡Oh!

SR. SMITH:

– Es que, vea usted... mi esposa se siente un poco humillada por no haber tenido razón.

SR. MARTIN:

– Ha habido, señor capitán de Bomberos, una controversia entre la señora y el señor Smith.

SRA. SMITH (*al señor MARTIN*):

– ¡Eso no es asunto suyo! (*Al señor SMITH*) Te ruego que no mezcles a los extraños en nuestras querellas familiares.

SR. SMITH:

– Oh, querida, la cosa no es muy grave. El capitán es un viejo amigo de la casa. Su madre me hacía la corte y conocí a su padre. Me había pedido que le diera mi hija en matrimonio cuando tuviera una. Entre tanto murió.

SR. MARTIN:

– No es culpa de él ni de usted.

EL BOMBERO:

– En fin, ¿de qué se trata?

SRA. SMITH:

– Mi marido pretendía. . .

SR. SMITH:

– No, eras tú la que pretendías.

SR. MARTIN:

– Sí, es ella.

SRA. MARTIN:

– No, es él.

EL BOMBERO:

– No se enojen. Dígame qué ha sucedido, señora Smith.

SRA. SMITH:

– Pues bien, oiga. Se me hace muy molesto hablarle con franqueza, pero un bombero es

también un confesor.

EL BOMBERO:

– ¿Y bien?

SRA. SMITH:

– Se discutía porque mi marido decía que cuando se oye llamar a la puerta es porque siempre hay alguien en ella.

SR. MARTIN:

– La cosa es plausible.

SRA. SMITH:

– Y yo decía que cada vez que llaman es que no hay nadie.

SRA. MARTIN:

– Eso puede parecer extraño.

SRA. SMITH:

– Pero está demostrado, no mediante demostraciones teóricas, sino por hechos.

SR. SMITH:

– Es falso, puesto que el bombero está aquí. Ha llamado, yo he abierto y él ha entrado.

SRA. MARTIN:

– ¿Cuándo?

SR. MARTIN:

– Inmediatamente.

SRA. SMITH:

– Sí, pero sólo después de haber oído llamar por cuarta vez ha aparecido alguien. Y la cuarta vez no cuenta.

SRA. MARTIN:

– Siempre. Sólo cuentan las tres primeras veces.

SR. SMITH:

– Señor capitán, permítame que le haga, a mi vez, algunas preguntas.

EL BOMBERO:

– Hágalas.

SR. SMITH:

– Cuando he abierto la puerta y lo he visto, ¿era usted quien había llamado?

EL BOMBERO:

– Sí, era yo.

SR. MARTIN:

– ¿Estaba usted en la puerta? ¿Llamó para entrar?

EL BOMBERO:
– No lo niego.

SR. SMITH (*a su esposa, victoriosamente.*)
– ¿Lo ves? Yo tenía razón. Cuando se oye llamar es porque hay alguien. No puedes decir que el capitán no es alguien.

SRA. SMITH:
– No puedo, ciertamente. Pero te repito que me refiero únicamente a las tres primeras veces, pues la cuarta no cuenta.

SRA. MARTIN:
– Y cuando llamaron la primera vez, ¿era usted?

EL BOMBERO:
– No, no era yo.

SRA. MARTIN:
– ¿Ven ustedes? Llamaron y no había nadie.

SR. MARTIN:
– Era quizás algún otro.

SR. SMITH:
– ¿Hacía mucho tiempo que estaba usted en la puerta?

EL BOMBERO:
– Tres cuartos de hora.

SR. SMITH:
– ¿Y no vio a nadie?

EL BOMBERO:
– A nadie. Estoy seguro de eso.

SRA. MARTIN:
– ¿Oyó usted que llamaban por segunda vez?

EL BOMBERO:
– Sí, pero tampoco era yo. Y seguía no habiendo nadie.

SRA. SMITH:
– ¡Victoria! Yo tenía razón.

SR. SMITH (*a su esposa*):
– No tan de prisa. (*Al BOMBERO.*) ¿Qué hacía usted en la puerta?

EL BOMBERO:
– Nada. Estaba allí. Pensaba en muchas cosas.

SR. MARTIN (*al BOMBERO*):
– Pero la tercera vez, ¿no fue usted quien llamó?

EL BOMBERO:

– Sí, fui yo.

SR. SMITH:

– Pero al abrir la puerta no lo vieron.

EL BOMBERO:

– Es que me oculté. . . por broma.

SRA. SMITH:

– No se ría, señor capitán. El asunto es demasiado triste.

SR. MARTIN:

– En resumidas cuentas, seguimos sin saber si cuando llaman a la puerta hay o no alguien.

SRA. SMITH:

– Nunca hay nadie.

SR. SMITH:

– Siempre hay alguien.

EL BOMBERO:

– Voy a hacer que se pongan de acuerdo. Los dos tienen un poco de razón. Cuando llaman a la puerta, a veces hay alguien y a veces no hay nadie.

SR. MARTIN:

– Eso me parece lógico.

SRA. MARTIN:

– También yo lo creo.

EL BOMBERO:

– Las cosas son sencillas, en realidad. (*A los esposos SMITH.*) Abrácense.

SRA. SMITH:

– Ya nos abrazamos hace un momento.

SR. MARTIN:

– Se abrazarán mañana. Tienen tiempo de sobra.

SRA. SMITH:

– Señor capitán, puesto que nos ha ayudado a ponerlo todo en claro, póngase cómodo, quítese el casco y siéntese un instante.

EL BOMBERO:

– Discúlpeme, pero no puedo quedarme aquí mucho tiempo. Estoy dispuesto a quitarme el casco, pero no tengo tiempo para sentarme. (*Se sienta sin quitarse el casco.*) Les confieso que he venido a su casa para un asunto muy distinto. Cumpló una misión de servicio.

SRA. SMITH:

– ¿Y en qué consiste su misión, señor capitán?

EL BOMBERO:

– Les ruego que tengan la bondad de disculpar mi indiscreción. (*Muy perplejo.*) ¡Oh! (*Señala con el dedo a los esposos MARTIN.*) ¿Puedo. . . delante de ellos. . .?

SRA. MARTIN:

– No se preocupe.

SR. MARTIN: Somos amigos viejos. Nos cuentan todo.

SR. SMITH:

– Hable.

EL BOMBERO:

– Pues bien, sea. ¿Hay fuego en su casa?

SRA. SMITH:

– ¿Por qué nos pregunta eso?

EL BOMBERO:

– Porque. . . discúlpenme, tengo orden de extinguir todos los incendios de la ciudad.

SRA. MARTIN:

– ¿Todos?

EL BOMBERO:

– Sí, todos.

SRA. SMITH (*confusa*):

– No sé... no lo creo . . . ¿Quiere que vaya a ver?

SR. SMITH (*husmeando*):

– No debe de haber fuego. No se siente olor a chamusquina.

EL BOMBERO (*desolado*):

– ¿No lo hay absolutamente? ¿No tendrán un fueguito de chimenea, algo que arda en el desván o en el sótano? ¿Un pequeño comienzo de incendio, por lo menos?

SRA. SMITH:

– No quiero apenarlo, pero creo que no hay fuego alguno en nuestra casa por el momento. Le prometo que le avisaremos en cuanto haya algo.

EL BOMBERO:

– No dejen de hacerlo, pues me harán un favor.

SRA. SMITH:

– Prometido.

EL BOMBERO (*a los esposos MARTINA*):

– Y en la casa de ustedes, ¿tampoco arde nada?

SRA. MARTIN:

– No, desgraciadamente.

SR. MARTIN (*al BOMBERO*) :

– Las cosas marchan mal en este momento.

EL BOMBERO:

– Muy mal. Casi no sucede nada, algunas bagatelas, una chimenea, un hórreo. Nada serio. Eso no rinde. Y como no hay rendimiento, la prima por la producción es muy magra.

SR. SMITH:

– Nada marcha bien. Con todo sucede lo mismo. El comercio, la agricultura, están este año como el fuego, no marchan.

SR. MARTIN:

– Si no hay trigo, no hay fuego.

EL BOMBERO:

– Ni tampoco inundaciones.

SRA. SMITH:

– Pero hay azúcar.

SR. SMITH:

– Eso es porque lo traen del extranjero.

SRA. MARTIN:

– Conseguir incendios es más difícil. ¡Hay demasiados impuestos!

EL BOMBERO:

– Sin embargo hay, aunque son también bastante raras, una o dos asfixias por medio del gas. Una joven se asfixió la semana pasada por haber dejado abierta la llave del gas.

SRA. MARTIN:

– ¿La había olvidado?

EL BOMBERO:

– No, pero creyó que era su peine.

SR. SMITH:

– Esas confusiones son siempre peligrosas.

SRA. SMITH:

– ¿No fue a averiguar a la tienda del vendedor de fósforos?

EL BOMBERO:

– Es inútil. Está asegurado contra incendios.

SR. MARTIN:

– Entonces, vaya a ver de mi parte al vicario de Wakefield.

EL BOMBERO:

– No tengo derecho a apagar el fuego en las casas de los sacerdotes. El obispo se enojaría.

Apagan sus fuegos ellos mismos o hacen que los apaguen sus vestales.

SR. SMITH:

– Trate de ver en casa de los Durand.

EL BOMBERO:

– Tampoco puedo hacer eso. Él no es inglés. Sólo se ha naturalizado. Los naturalizados tienen derecho a poseer casas, pero no el de hacer que las apaguen si arden.

SRA. SMITH:

– Sin embargo, cuando ardió el año pasado bien que la apagaron.

EL BOMBERO:

– Lo hizo él solo, clandestinamente. Oh, no seré yo quien lo denuncie.

SR. SMITH:

– Yo tampoco.

SRA. SMITH:

– Puesto que no tiene usted mucha prisa, señor capitán, quédese un ratito más. Nos hará un favor.

EL BOMBERO:

– ¿Quieren que les relate anécdotas?

SRA. SMITH:

– ¡Oh, muy bien, es usted encantador! *Le abraza.*

SR. SMITH, SRA. MARTIN, SR. MARTIN:

– ¡Sí, sí, anécdotas! ¡Bravo! *Aplauden.*

SR. SMITH:

– Y lo que es todavía más interesante es que las anécdotas de bombero son todas ellas auténticas y vividas.

EL BOMBERO:

– Hablo de cosas que yo mismo he experimentado. La naturaleza, nada más que la naturaleza. No los libros.

SR. MARTIN:

– Exacto: la verdad no se encuentra en los libros, sino en la vida.

SRA. SMITH:

– ¡Comience!

SR. MARTIN:

– ¡Comience!

SRA. MARTIN:

– Silencio, comienza.

EL BOMBERO (*tosiquea muchas veces*):

– Discúlpeme, pero no me miren así. Hacen que me sienta incómodo. Ya saben que soy tímido.

SRA. SMITH:

– ¡Es encantador! *Le abraza.*

EL BOMBERO:

– Procuraré comenzar a pesar de todo. Pero proméтанme que no me escucharán.

SRA. MARTIN:

– Pero si no le escuchamos no le oiremos.

EL BOMBERO:

– ¡No había pensado en eso!

SRA. SMITH:

– Ya les he dicho: es un niño.

SR. MARTIN, SR. SMITH:

– ¡Oh, el niño querido! *Le abrazan.*

SRA. MARTIN:

– ¡Valor!

EL BOMBERO:

– Pues bien, comienzo. (*Vuelve a tosiquear y luego comienza con una voz a la que hace temblar la emoción.*) "El perro y el buey", fábula experimental: una vez otro buey le preguntó a otro perro: ¿por qué no te has tragado la trompa? Perdón, contestó el perro, es porque creía que era elefante.

SRA. MARTIN:

– ¿Cuál es la moraleja?

EL BOMBERO:

– Son ustedes quienes tienen que encontrarla.

SR. SMITH:

– Tiene razón.

SRA. SMITH (*furiosa*):

– Otra.

EL BOMBERO:

– Un ternero había comido demasiado vidrio molido. En consecuencia, tuvo que parir. Dio a luz una vaca. Sin embargo, como el becerro era varón, la vaca no podía llamarle "mamá". Tampoco podía llamarle "papá", porque el becerro era demasiado pequeño. Por lo tanto el becerro tuvo que casarse con una persona y la alcaldía tomó todas las medidas promulgadas por las circunstancias de moda.

SR. SMITH:

– De moda en Caen.

SR. MARTIN:

– Como el mondongo.

EL BOMBERO:

– ¿Lo conocían ustedes, entonces?

SRA. SMITH:

– Lo publicaron todos los diarios.

SRA. MARTIN:

– Eso sucedió no lejos de aquí.

EL BOMBERO:

– Voy a relatarles otra. "El gallo". Una vez un gallo quiso pasar por perro, pero no pudo, pues lo reconocieron en seguida.

SRA. SMITH:

– En cambio, al perro que quiso pasar por gallo no lo reconocieron.

SR. SMITH:

– Yo, a mi vez, voy a contarles una: "La serpiente y la zorra". Una vez una serpiente se acercó a una zorra y le dijo: "Me parece que te conozco". La zorra le contestó: "Yo también". "Entonces —dijo la serpiente— dame dinero." "Una zorra no da dinero", respondió el astuto animal que, para escaparse, saltó a un valle profundo lleno de fresas y de miel de gallina. La serpiente le esperaba allí y reía con una risa mefistofélica. La zorra sacó su cuchillo y le gritó: "¡Voy a enseñarte a vivir!". Y huyó, dándole la espalda. No tuvo suerte. La serpiente fue más rápida, asestó a la zorra un puñetazo en plena frente, que se rompió en mil pedazos, mientras gritaba: "¡No! ¡No! ¡Cuatro veces no! ¡Yo no soy tu hija!".

SRA. MARTIN:

– Es interesante.

SRA. SMITH:

– No está mal.

SR. MARTIN (*estrecha la mano al SR. SMITH.*):

– Le felicito.

EL BOMBERO (*celoso*):

– No es gran cosa. Además, yo la conocía.

SR. SMITH:

– Es terrible.

SRA. SMITH:

– Pero eso no sucedió en realidad.

SRA. MARTIN:

– Sí, por desgracia.

SR. MARTIN (*a la SRA. SMITH*):

– Es su turno, señora.

SRA. SMITH:

– Sólo conozco una. Se la voy a decir. Se titula: "El ramillete".

SR. SMITH:

– Mi esposa ha sido siempre romántica.

SR. MARTIN:

– Es una verdadera inglesa.

SRA. SMITH: Hela aquí: Una vez un novio llevó un ramillete de flores a su novia, quien le dijo *gracias*; pero antes que ella le diese las *gracias*, él, sin decir una palabra, le quitó las flores que le había entregado para darle una buena lección y, diciendo *las tomo otra vez*, le dijo *hasta la vista*, tomó las flores y se alejó por aquí y por allá.

SR. MARTIN:

– ¡Oh, encantador! *Abraza o no abraza a la* SRA. SMITH.

SRA. MARTIN:

– Tiene usted una esposa, señor Smith, de la que todos están celosos.

SR. SMITH:

– Es cierto. Mi mujer es la inteligencia misma. Hasta es más inteligente que yo. En todo caso es mucho más femenina.

SRA. SMITH (*al BOMBERO*):

– Otra más, capitán.

EL BOMBERO:

– ¡Oh, no, es demasiado tarde!

SR. MARTIN:

– Dígala, no obstante.

EL BOMBERO:

– Estoy demasiado cansado.

SR. SMITH:

– Háganos ese favor.

SR. MARTIN:

– Se lo ruego.

EL BOMBERO:

– No.

SRA. MARTIN:

– Tiene usted un corazón de hielo. Nosotros estamos en ascuas.

SRA. SMITH (*se arrodilla, sollozando, o no lo hace*):

– Se lo suplico.

EL BOMBERO:

– Sea.

SR. SMITH (*al oído de la señora MARTIN*):

– ¡Acepta! Va a seguir fastidiándonos.

SRA. MARTIN:

– ¡Bah!

SRA. SMITH:

– Mala suerte. He sido demasiado cortés.

EL BOMBERO:

– "El resfriado": Mi cuñado tenía, por el lado paterno, un primo carnal uno de cuyos tíos maternos tenía un suegro cuyo abuelo paterno se había casado en segundas nupcias con una joven indígena cuyo hermano había conocido, en uno de sus viajes, a una muchacha de la que se enamoró y con la cual tuvo un hijo que se casó con una farmacéutica intrépida que no era otra que la sobrina de un contraataca desconocido de la marina británica y cuyo padre adoptivo tenía una tía que hablaba corrientemente el español y que era, quizás, una de las nietas de un ingeniero, muerto joven, nieto a su vez de un propietario de viñedos de los que obtenía un vino mediocre, pero que tenía un resobrino, casero y ayudante, cuyo hijo se había casado con una joven muy linda, divorciada, cuyo primer marido era hijo de un patriota sincero que había sabido educar en el deseo de hacer fortuna a una de sus hijas, la que pudo casarse con un cazador que había conocido a Rothschild y cuyo hermano, después de haber cambiado muchas veces de oficio, se casó y tuvo una hija, cuyo bisabuelo, mezquino, llevaba anteojos que le había regalado un primo suyo, cuñado de un portugués, hijo natural de un molinero, no demasiado pobre, cuyo hermano de leche tomó por esposa a la hija de un ex médico rural, hermano de leche del hijo de un lechero, hijo natural de otro médico rural casado tres veces seguidas, cuya tercera mujer. . .

SR. MARTIN:

– Conocí a esa tercera mujer, si no me engaño. Comía pollo en un avispero.

EL BOMBERO:

– No era la misma.

SRA. SMITH:

– ¡Chitón!

EL BOMBERO:

– Continúo: cuya tercera mujer era hija de la mejor comadrona de la región y que, habiendo enviudado temprano. . .

SR. SMITH:

– Como mi esposa.

EL BOMBERO:

– ... se volvió a casar con un vidriero, lleno de vivacidad, que había hecho, a la hija de un jefe de estación, un hijo que supo abrirse camino en la vida. . .

SRA. SMITH:

– Su camino de hierro. . .

SR. MARTIN:

– Como en los mapas.

EL BOMBERO:

– Y se casó con una vendedora de hortalizas frescas cuyo padre tenía un hermano que se había casado con una institutriz rubia cuyo primo, pescador con caña. . .

SR. MARTIN:

– Con caña rota.

EL BOMBERO:

– ... se había casado con otra institutriz rubia llamada también María, cuyo padre estaba casado con otra María, asimismo institutriz rubia. . .

SR. SMITH:

– Siendo rubia, no puede ser sino María.

EL BOMBERO:

– ... y cuyo padre fue criado en el Canadá por una anciana que era sobrina de un cura cuya abuela atrapaba a veces, en invierno, como todo el mundo, un resfrío.

SR. SMITH:

– La anécdota es curiosa, casi increíble.

SR. MARTIN:

– Cuando se resfría hay que ponerse condecoraciones.

SR. SMITH:

– Es una precaución inútil, pero absolutamente necesaria.

SRA. MARTIN:

– Discúlpeme, señor capitán, pero no he comprendido bien su relato. Al final, cuando se llega a la abuela del sacerdote, uno se enreda.

SR. SMITH:

– Siempre se enreda entre las zarpas del sacerdote.

SRA. SMITH:

– ¡Oh, sí, capitán, vuelva a empezar! Todos se lo piden.

EL BOMBERO:

– ¡Ah!, no sé si voy a poder. Estoy en misión de servicio. Depende de la hora que sea.

SRA. SMITH:

– En nuestra casa no tenemos hora.

EL BOMBERO:

– ¿Y el reloj?

SR. SMITH:

– Anda mal. Tiene el espíritu de contradicción. Indica siempre la contraria de la hora que es.

ESCENA IX

Los mismos y MARY

MARY:

– Señora. . . señor. . .

SRA. SMITH:

– ¿Qué desea?

SR. SMITH:

– ¿Qué viene a hacer aquí?

MARY:

– Que la señora y el señor me disculpen... y también estas señoras y señores... Yo desearía... yo desearía... contarles también una anécdota.

SRA. MARTIN:

– ¿Qué dice esa mujer?

SR. MARTIN:

– Creo que la criada de nuestros amigos se ha vuelto loca. Quiere relatar también una anécdota.

EL BOMBERO:

– ¿Por quién se toma? (*La mira.*) ¡Oh!

SRA. SMITH:

– ¿Quién la mete en lo que no le importa?

SR. SMITH:

– Este no es verdaderamente su lugar, Mary.

EL BOMBERO:

– ¡Oh, es ella! No es posible.

SR. SMITH:

– ¿Y usted?

MARY:

– ¡No es posible! ¿Aquí?

SRA. SMITH:

– ¿Qué quiere decir todo eso?

SR. SMITH:

– ¿Son ustedes amigos?

EL BOMBERO:

– ¡Vaya si lo somos!

MARY *se arroja al cuello del BOMBERO*,

MARY:

– ¡Me alegro de volverlo a ver. . . por fin!

SR. y SRA. SMITH:

– ¡Oh!

SR. SMITH:

– Esto es demasiado fuerte aquí, en nuestra casa, en los suburbios de Londres.

SRA. SMITH:

– ¡No es decoroso!

EL BOMBERO:

– Es ella quien extinguió mis primeros fuegos.

MARY:

– Yo soy su chorrillo de agua.

SR. MARTIN:

– Si es así... queridos amigos. . . esos sentimientos son explicables, humanos, respetables...

SRA. MARTIN:

– Todo lo humano es respetable.

SRA. SMITH:

– De todos modos no me gusta verla aquí, entre nosotros. . .

SR. SMITH:

– No tiene la educación necesaria

EL BOMBERO:

– Tienen ustedes demasiados prejuicios.

SRA. MARTIN:

– Yo creo que una criada, en resumidas cuentas, y aunque ello no me incumbe, es siempre una criada.

SR. MARTIN:

– Aunque a veces pueda actuar como un detective bastante bueno.

EL BOMBERO:

– Suéltame.

MARY:

– No te preocupes. No son tan malos como parecen.

SR. SMITH:

– Hum . . . hum. . . Son conmovedores ustedes dos, pero también un poco. . . un poco. . .

SR. MARTIN:

– Sí, ésa es la palabra.

SR. SMITH:

– . . .un poco excesivamente llamativos.

SR. MARTIN:

– Hay un pudor británico, y discúlpeme que una vez más precise mi pensamiento, que no comprenden los extranjeros, ni siquiera los especialistas, y gracias al cual, para expresarme así... en fin, no lo digo por ustedes

MARY:

– Yo desearía referirles. . .

SR. SMITH:

– No refiera nada. . .

MARY:

– ¡Oh, sí!

SRA. SMITH:

– Vaya, mi pequeña Mary, vaya donosamente a la cocina a leer sus poemas ante el espejo. . .

SR. MARTIN:

– ¡Toma! Sin ser criada, yo también leo poemas ante el espejo.

SRA. MARTIN:

– Esta mañana, cuando te miraste en el espejo, no te viste.

SR. MARTIN:

– Es porque todavía no estaba allí.

MARY:

– De todos modos, quizá podría recitarles un poemita.

SRA. SMITH:

– Mi pequeña Mary, es usted espantosamente obstinada.

MARY:

– ¿Convenimos, entonces, en que les voy a recitar un poema? Es un poema que se titula "El fuego", en honor del capitán.

EL FUEGO

Los policandros brillaban en el bosque

Una piedra se incendió

El castillo se incendió

El bosque se incendió

Los pájaros se incendiaron

Las mujeres se incendiaron

Los pájaros se incendiaron

Los peces se incendiaron

El agua se incendió

El cielo se incendió

La ceniza se incendió
El humo se incendió
El fuego se incendió
Todo se incendió
Se incendió, se incendió.

Recita el poema mientras los SMITH la empujan fuera de la habitación.

ESCENA X

Los mismos, menos MARY

SRA. MARTIN:

– Eso me ha dado frío en la espalda.

SR. MARTIN:

– Sin embargo, hay cierto calor en esos versos.

EL BOMBERO:

– A mí me ha parecido maravilloso.

SRA. SMITH:

– Sin embargo. . .

SR. SMITH:

– Usted exagera. . .

EL BOMBERO:

– Es cierto. . . todo eso es muy subjetivo. . . pero así es como concibo el mundo. Mi sueño, mi ideal. . . Además, eso me recuerda que debo irme. Puesto que ustedes no tienen hora, yo, dentro de tres cuartos de hora y dieciséis minutos exactamente tengo un incendio en el otro extremo de la ciudad. Tengo que apresurarme, aunque no tenga mucha importancia.

SRA. SMITH:

– ¿De qué se trata? ¿De un fueguito de chimenea?

EL BOMBERO:

– Ni siquiera eso. Una fogata de virutas y un pequeño ardor de estómago.

SR. SMITH:

– Entonces, lamentamos que se vaya.

SRA. SMITH:

– Ha estado usted muy divertido.

SRA. MARTIN:

– Gracias a usted hemos pasado un verdadero cuarto de hora cartesiano.

EL BOMBERO (*se dirige hacia la salida y luego se detiene*):

– A propósito, ¿y la cantante calva?

Silencio general, incomodidad.

SRA. SMITH:

– Sigue peinándose de la misma manera.

EL BOMBERO:

– ¡Ah! Adiós, señores y señoras.

SR. MARTIN:

– ¡Buena suerte y buen fuego!

EL BOMBERO:

– Esperémoslo. Para todos.

EL BOMBERO *se va. Todos lo acompañan hasta la puerta y vuelven a sus asientos.*

ESCENA XI

Los mismos, menos EL BOMBERO

SRA. MARTIN:

– Puedo comprar un cuchillo de bolsillo para mi hermano, pero ustedes no pueden comprar Irlanda para su abuelo.

SR. SMITH:

– Se camina con los pies, pero se calienta mediante la electricidad o el carbón.

SR. MARTIN:

– El que compra hoy un buey tendrá mañana un huevo.

SRA. SMITH:

– En la vida hay que mirar por la ventana.

SRA. MARTIN:

– Se puede sentar en la silla, mientras que la silla no puede hacerlo.

SR. SMITH:

– Siempre hay que pensar en todo.

SR. MARTIN:

– El techo está arriba y el piso está abajo. . .

SRA. SMITH:

– Cuando digo que sí es una manera de hablar.

SRA. MARTIN:

– A cada uno su destino.

SR. SMITH:

– Tomen un círculo, acarícienlo, y se hará un círculo vicioso.

SRA. SMITH:

– El maestro de escuela enseña a leer a los niños, pero la gata amamanta a sus crías cuando

son pequeñas.

SRA. MARTIN:

– En tanto que la vaca nos da sus rabos.

SR. SMITH:

– Cuando estoy en el campo me agradan la soledad y la calma.

SR. MARTIN:

– Todavía no es usted bastante viejo para eso.

SRA. SMITH:

– Benjamín Franklin tenía razón: usted es menos tranquilo que él.

SRA. MARTIN:

– ¿Cuáles son los siete días de la semana?

SR. SMITH:

– Lunes, martes, miércoles, jueves, viernes, sábado y domingo.

SR. MARTIN:

– Edward es empleado de oficina, su hermana Nancy, mecanógrafa, y su hermano William, ayudante de tienda.

SRA. SMITH:

– ¡Qué familia divertida!

SRA. MARTIN:

– Prefiero un pájaro en el campo a un calcetín en una carretilla.

SR. SMITH:

– Es preferible un filete en una cabaña que leche en un palacio.

SR. MARTIN:

– La casa de un inglés es su verdadero palacio.

SRA. SMITH:

– No sé hablar en español lo bastante bien para hacerme comprender.

SRA. MARTIN:

– Te daré las zapatillas de mi suegra si me das el ataúd de tu marido.

SR. SMITH:

– Busco un sacerdote monofisita para casarlo con nuestra criada.

SR. MARTIN:

– El pan es un árbol, en tanto que el pan es también un árbol, y de la encina nace la encina, todas las mañanas, al alba.

SRA. SMITH:

– Mi tío vive en el campo, pero eso no le atañe a la comadrona.

SR. MARTIN:

– El papel es para escribir, el gato para la rata, y el queso para echarle la zarpa.

SRA. SMITH:

– El automóvil corre mucho, pero la cocinera prepara mejor los platos.

SR. SMITH:

– No sean pavos y abracen al conspirador.

SR. MARTIN:

– Charity begins at home.

SRA. SMITH:

– Espero que el acueducto venga a verme en mi molino.

SR. MARTIN:

– Se puede demostrar que el progreso social está mucho mejor con azúcar.

SR. SMITH:

– ¡Abajo el betún!

Después de la última réplica del SR. SMITH los otros callan durante un instante, estupefactos. Se advierte que hay cierta nerviosidad. Los sones del reloj son más nerviosos también. Las réplicas que siguen deben ser dichas al principio en un tono glacial, hostil. La hostilidad y la nerviosidad irán aumentando. Al final de esta escena los cuatro personajes deberán hallarse en pie, muy cerca los unos de los otros, gritando sus réplicas, levantando los puños, dispuestos a lanzarse los unos contra los otros.

SR. MARTIN:

– No se hace que brillen los anteojos con betún negro.

SRA. SMITH:

– Sí, pero con dinero se puede comprar todo lo que se quiere.

SR. MARTIN:

– Prefiero matar un conejo que cantar en el jardín.

SR. SMITH:

– Cacatúas, cacatúas, cacatúas, cacatúas, cacatúas, cacatúas, cacatúas, cacatúas, cacatúas.

SRA. SMITH:

– ¡Qué cagada, qué cagada, qué cagada, qué cagada, qué cagada, qué cagada, qué cagada, qué cagada, qué cagada, qué cagada!

SR. MARTIN:

– ¡Qué cascada de cagadas, qué cascada de cagadas, qué cascada de cagadas, qué cascada de cagadas, qué cascada de cagadas, qué cascada de cagadas!

SR. SMITH:

– Los perros tienen pulgas, los perros tienen pulgas.

SRA. MARTIN:

– ¡Cacto, coxis! ¡Coco! ¡Cochino!

SRA. SMITH:

– Embarrilador, nos embarrilas.

SR. MARTIN:

– Prefiero poner un huevo que robar un buey.

SRA. MARTIN (*abriendo la boca de par en par*):

– ¡Ah! ¡Oh! ¡Ah! ¡Oh! ¡Dejen que rechinen los dientes!

SR. SMITH:

– ¡Caimán!

SR. MARTIN:

– Vamos a abofetear a Ulises.

SR. SMITH:

– Yo voy a vivir en mi casa entre mis cacahuetales.

SRA. MARTIN:

– Los cacaos de los cacahuetales no dan cacahuetes, sino cacao. Los cacaos de los cacahuetales no dan cacahuetes, sino cacao. Los cacaos de los cacahuetales no dan cacahuetes, sino cacao.

SRA. SMITH:

– Los ratones tienen cejas, las cejas no tienen ratones.

SRA. MARTIN:

– ¡Toca mi toca!

SR. MARTIN:

– ¡Tu toca de loca!

SR. SMITH:

– La toca en la boca, la boca en la toca.

SRA. MARTIN:

– Disloca la boca.

SRA. SMITH:

– Emboca la toca.

SR. MARTIN:

– Emboca la toca y disloca la boca.

SR. SMITH:

– Si se la toca se la disloca.

SRA. MARTIN:

– ¡Usted está loca!

SRA. SMITH:

– ¡Y usted me provoca!

SR. MARTIN:

– ¡Sully!

SR. SMITH:

– ¡Prudhomme!

SRA. MARTIN, SR. SMITH:

– ¡Frangois!

SRA. SMITH, SR. MARTIN:

– ¡Coppée!

SRA. MARTIN, SR. SMITH:

– ¡Copée Sully!

SRA. SMITH, SR. MARTIN:

– ¡Prudhomme Frangois!

SRA. MARTIN:

– ¡Pedazos de pavos, pedazos de pavos!

SR. MARTIN:

– ¡Rosita, culo de marmita!

SRA. SMITH:

– ¡Khrisnamurti, Khrisnamurti, Khrisnamurti!

SR. SMITH:

– ¡El Papa se empapa! El Papa no come papa. La papa del Papa.

SRA. MARTIN:

– ¡Bazar, Balzac, Bazaine!

SR. MARTIN:

– ¡Paso, peso, piso!

SR. SMITH:

– A, e, i, o, u, a, e, i, o; u; a; e; i; o; u; i.

SRA. MARTIN:

– B, c, d, f, g, l, m, n, p; r; s; t; v; w; x; z.

SR. MARTIN:

– ¡Del ojo al ajo, del ajo al hijo!

SRA. SMITH (*imitando al tren*):

– ¡Teuf, teuf, teuf, teuf, teuf, teuf, teuf, teuf, teuf!

SR. SMITH:

– ¡No!

SRA. MARTIN:

– ¡Es!

SR. MARTIN:

– ¡Por!

SRA. SMITH:

– ¡Allá!

SR. SMITH:

– ¡Es!

SRA. MARTIN:

– ¡Por!

SR. MARTIN:

– ¡A!

SRA. SMITH:

– ¡Quí!

Todos juntos, en el colmo del furor, se gritan los unos a los oídos de los otros. La luz se ha apagado. En la oscuridad se oye, con un ritmo cada vez más rápido:

TODOS JUNTOS:

– ¡Por allá, por aquí, por allá, por aquí, por allá, por aquí, por allá, por aquí, por allá, por aquí, por allá, por aquí, por allá, por aquí!

Las palabras dejan de oírse bruscamente. Se encienden las luces. El señor y la señora MARTIN están sentados como los SMITH al comienzo de la obra. Ésta vuelve a empezar esta vez con los MARTIN, que dicen exactamente lo mismo que los SMITH en la primera escena, mientras se cierra lentamente el telón.

TELÓN